

El desempleo como nueva categoría clínica

Adrián Liberman L.

Sociedad Psicoanalítica de Caracas (SPC)

El autor plantea que en épocas recientes, la sexualidad como síntoma o como motivo de consulta parece ir en retirada, mientras que el tema de lo económico, en cuanto a empleo y preocupación por la productividad toma un lugar cada vez más relevante. Así se plantea si la dimensión económica del quehacer humano reclama para la teoría y la práctica analítica una labor de elaboración nueva o esta es una nueva forma de aparición de los trastornos de la psicosexualidad. Se trata el fenómeno del desempleo como una nueva entidad clínica que reclama una comprensión y manejo específico en el marco analítico. Se aborda también las implicaciones que tiene el discurso de la productividad y el éxito económico en la constitución de la psique.

Hace poco más de cien años Freud le dio estatuto de legitimidad a la sexualidad humana como fuente y causa de sufrimiento mental. Hoy en día, la cantidad de personas que acuden en busca de ayuda analítica con síntomas sexuales, a la manera de las histéricas decimonónicas, parece ir en disminución. Esto llega a tal punto que al decir de Sauval (2000) “diera la impresión de que la sexualidad se bate en retirada de muchos análisis”. Paralelamente, y en un sentido inverso, la irrupción de la angustia por lo económico es cada vez más frecuente en los consultorios, tanto en las zonas geográficas marcadas por convulsiones sociales periódicas como Latinoamérica, como en muchas ciudades del Primer Mundo.

Generalmente esta forma de angustia hace eclosión bajo la forma clínica de miedo. El temor es lo que embarga al consultante: miedo a perder el trabajo, a no tener más dinero, a no ser capaz de encontrar un empleo si las condiciones cambian, etc.

Las veces que he comentado este fenómeno tanto con colegas en formación como aquellos que ya están titulados, la respuesta general alude a estos motivos

de consulta como expresiones del desplazamiento de la libido. De manera más o menos uniforme se me dice que estos casos y la ansiedad asociada al temor por lo económico y el trabajo pueden ser enmarcados dentro de lo ya sabido y que es parte de la vulgata psicoanalítica. Es decir, estos síntomas son formaciones disfrazadas de inquietudes que atañen a la sexualidad en sus vertientes de potencia versus impotencia, ansiedad de castración y demás elementos conocidas del edificio teórico psicoanalítico.

Sin embargo, creo que la relativa uniformidad de la respuesta obtenida, a pesar de las diferencias entre los analistas que las expresan, provoca más inquietud que tranquilidad. Al igual que lo plantea Aulagnier (1984), creo que el parecido de las respuestas ante las infinitas formas de expresión del “*Tedium vitae*” reclama imperiosamente dirigir una mirada crítica a las herramientas con las que contamos para entender aquello que se nos demanda.

Así, ¿qué implicaciones tiene para la teoría y práctica analítica la aparición del tema económico en el discurso de los analizandos y consultantes?. ¿Es simplemente vino viejo en odres nuevos y la exploración psicoanalítica reconducirá siempre e inevitablemente estos malestares al terreno conocido de la psicosexualidad? ¿Se trata entonces de un problema de retraducción, o implicará colocar lo sabido en posición de trabajo ante lo que parecen ser otros niveles dinámicos del sufrimiento humano?.

Entonces, la hipótesis con la que se inicia este trabajo es que la presencia de un discurso de malestar alrededor del tema económico, la productividad y el dinero en la boca de los pacientes delata la existencia de algo que puede ser distinto en algún grado a los avatares de la psicosexualidad como factor etiopatogénico. De ser así, hay que pensar los desafíos y problemas que esto acarrea para la práctica psicoanalítica. Se me ocurre que como punto de partida para esta reflexión vale la pena adentrarse acerca de las características que reviste hoy el hecho del trabajo y de la inserción de la persona en un sistema de producción e intercambio.



Uno de los efectos del discurso capitalista se ubica en la constitución del hecho productivo en una categoría de inclusión y exclusión, al punto de decir que el trabajo y la producción económica son parte de una "ontología del hombre contemporáneo" (Castel, 1981; Fukuyama, 1990). En la modernidad, trabajo y familia han sido considerados los articuladores sociales por excelencia, en tanto determinantes de la particular inclusión del sujeto en la trama social. Al tiempo que en muchas sociedades vivimos en una trayectoria que implica ir del trabajo sin futuro al futuro sin trabajo, hay que preguntarse cuáles son los efectos de la pérdida del empleo en el psiquismo. Y aquí no se trata de entender el desempleo a la luz de los ciclos económicos, sino de entender al hecho de trabajar o no como un evento productor de subjetividad. Esta línea de investigación, iniciada por Marx y los teóricos del materialismo dialéctico, ha encontrado eco en las conceptualizaciones que se nutren de otras fuentes (Eco, 1982; Foucault, 1984) para poner de relieve cuanto de la humanización del individuo pasa por el hecho de su relativo éxito en tareas que giran alrededor de producir bienes y, por ende, el lugar que llegará a ocupar en el entramado de las relaciones humanas. Mientras que en el esquema preindustrial la generación más joven realizaba tareas que eran muy parecidas a las de sus mayores, al exponencial aceleración de la tecnología ha hecho que constantemente nuevas ocupaciones, pero que desaparezcan muchas otras también.

Lo que se está viviendo en el contexto de muchas economías más o menos globalizadas es la súbita desaparición de puestos de trabajo, de especialidades completas, en lapsos cada vez más cortos. Este panorama es lo que Forrester (1987) denomina "el horror económico" y Castel (1981) denomina "la desestabilización de los estables". El ritmo de los tiempos actuales genera entonces lo que Deleuze (c.p. Pavlovsky, 2002) calificó como un adelantamiento de los acontecimientos en relación con las estructuras de los conocimientos que contamos para entenderlos. La dimensión de lo económico irrumpe en el marco analítico como la expresión de un malestar entonces que se resiste a ser comprendida sólo con lo que creemos saber. ¿Cuáles son entonces, las manifestaciones y consecuencias clínicas que puede observar el analista como efecto de tan inestable entorno?.

El trauma del desempleo

Araujo y colaboradores (2001) caracterizan a la pérdida de la ocupación como un trauma que proviene de lo social y sostienen que es en ese ámbito donde debe restaurarse la herida. Independientemente de todo esto, la persona que experimenta la pérdida de su ocupación económica testimonia el efecto de una violencia. Violencia que, a diferencia quizás de los traumas tempranos, tensa y pone en evidencia la obsolescencia de los mecanismos de respuesta incorporados para la adaptación y supervivencia de quien lo padece. Probablemente también la diferencia con el trauma individual sobrevenido en las relaciones tempranas con los adultos cuidadores, la vivencia de ser violentado por un colectivo que rechaza y excluye, alude a un objeto común, "el sistema", "el país", que es vivido como agresor. Esta noción- la de un objeto compartido entre ambos participantes del encuentro analítico- implica el reconocimiento de la inscripción del acto analítico dentro de un marco geográfico, un sistema social y político y un esquema de producción en el cual analista y analizando se inscriben. Este reconocimiento creo que reclama una comprensión distinta a la de la categoría de aspectos marginales del encuadre. Aunque muchos de estos aspectos han sido caracterizados como extraanalíticos en el estudio de la situación analítica (Etchegoyen, 1986), hoy en día la invarianza de la misma está en entredicho por un marco social cada vez más variable. Por ende, el desocupado, o el que está en vías de serlo, necesita hacer un trabajo elaborativo del trauma, una labor de pensamiento que toca al analista en cuanto éste sí está ocupado (con sus pacientes) y que existe porque produce (un saber analítico) y recibe un pago (sus honorarios). Esta situación entonces ubica al desocupado y al analista en aceras opuestas, lo cual tendrá alguna manifestación en el eje transferencia- contratransferencia. El desocupado se encuentra ante el efecto masivo de un desconocimiento que proviene de un entramado que ya no lo quiere, no lo incluye. Se encuentra sobrecedido por el efecto de una deshistorización, carece de actualidad porque carece de un espacio donde desarrollar sus habilidades y conocimientos.

Una de las vertientes de la labor analítica consiste aquí en hacer pensable a un objeto que ha mutado abruptamente para dejar al desempleado carente de referencias y de muchos anclajes subjetivos. Como



ejemplo de estas mutaciones catastróficas se me ocurre pensar en la abrupta desintegración de algunos países.

El desmembramiento de la Federación Yugoslava, entre otros, produjo que muchas personas pasaran violentamente a ser atribuidos como serbios, croatas, macedonios o nada de esto, con terribles crisis de identidad a causa del colapso de sus referentes externos.

El despido del trabajo, no sobrevivir a los procesos de “downsizing” o reingeniería, es para muchos una vivencia de pérdida de la historia, de pasar a ser, igual que los dinosaurios, seres sin ningún tipo de vigencia. De allí que el desempleado sea un ser resentido y temeroso, por el efecto de los traumas acumulativos que le inflige el cuerpo social y necesite una confirmación de continuar siendo una persona en el consultorio, la cual le es negada por el entorno. Porque el desempleado se siente generalmente desconfirmado en su estatuto humano, a causa de su improductividad económica. Se siente sobreexigido y por ende transferirá sus sobreexigencias en la figura del analista o se sentirá perseguido por éste. Este despliegue conflictuante tiene su raíz en la vivencia de desaparición, de despojo de las señas de identidad que el hecho del trabajo provee. No tener empleo coloca a la persona en una situación de vulnerabilidad, de sentirse que no se le quiere, que no tiene sentido ni destino cierto en el entramado social que una vez conoció. Y pienso que uno de los puntos importantes en la comprensión de este padecimiento está centrado justamente en el colapso de un objeto que fue otrora satisfactor e incluyente, a diferencia de los trastornos producto de los déficit tempranos, en los cuales la experiencia de satisfacción no llega a darse nunca o se da de manera muy defectuosa. El enigma a resolver por el desempleado es por qué lo que el contenía, y que podía ser valioso, violentamente muta de signo y ya no cuenta para seguir sintiéndose parte viva de una matriz de relaciones. Me pregunto aquí cuales serán las maniobras analíticas pertinentes para poder proveer a estas personas de un sentimiento sólido de la pervivencia de los objetos buenos en el mundo interno que les permitan encontrar la vía de regreso al producir y a la creación. ¿Implicará para el analista convertirse en una especie de asesor activo, un agente de colocación para la persona que está desocupada?

Sospecho que la respuesta a esto adquiere la forma de una cierta afirmación. En mi experiencia con personas en esta condición me he visto llevado a adoptar una suerte de actividad, un calculado alejamiento de la neutralidad. Y eso se expresa básicamente en el reconocimiento activo del padecimiento del desempleado, de comunicar que su malestar halla “colocación” en mi escucha. También estimulo a revisar concretamente las estrategias de búsqueda, selección y entrevistas a llevar a cabo por las personas que atiendo y que se encuentran en situación de desempleo. En tanto el desempleado ha perdido la noción de quién es para el otro, en función de su situación, el suministro de ese reconocimiento dentro de la situación analítica puede ser heredero de las técnicas de maternización y “holding” que tanto preconizó Winnicott.

Asimismo, el desocupado plantea sentimientos de culpa por contar con ingentes cantidades de tiempo libre. Tiempo que no puede muchas veces ser aprovechado de manera creativa, porque ello es señal culpógena de estar “sin hacer nada”. De allí que la paralización, los sentimientos de estancamiento e impotencia sean unos de los primeros enemigos a combatir dentro de la labor analítica. El tiempo libre, forzoso en su esencia, es para el desempleado un tiempo carente de sentido, sensación que amenaza con extenderse a todas las esferas de la vida y que pende ominosamente sobre su autoconcepto.

Creo entonces, que el encuentro analítico es llevado necesariamente a una relación social, en tanto se requiere de dialogar y compartir con otro ser humano acerca de la experiencia deshumanizante que es la desocupación. Y, en consecuencia, el objetivo de la acción analítica también se encamina a restablecer lo que hay de social en el desocupado en cuanto a ser parte de una matriz de relaciones. Así, al igual que la anorexia y la bulimia o los trastornos narcisistas, que son considerados como expresiones clínicas del malestar post-moderno, el desempleo reclama un sitio dentro de las nuevas patologías como expresión de un trauma relacional tardío.



El discurso económico en la construcción de la persona.

Me adentro sucintamente en otro tema relacionado al precedente: la consideración de los efectos del discurso orientado hacia la productividad y éxito en la constitución psíquica. Quizás una buena parte de la teorización psicoanalítica actual se centra en las huellas constitutivas que tienen los discursos tempranos en el ser humano, especialmente los provenientes de los adultos cuidadores, en cuanto a la organización psicosexual se refiere. Sin embargo, el ser humano, a lo largo de su ciclo vital es rozado por discursos distintos de cuya importancia es preciso tomar nota. Con esto aludo a los efectos con los que los mensajes distintos a los directamente entramados con la identidad primaria y a la diferencia de los sexos pueden tener en la organización psíquica de los consultantes.

Cabe preguntarse entonces si la presión por convertirse en un ser productivo económicamente y sus correlatos como la elección vocacional, la rentabilidad, el estatus social, no tendrán también un efecto estructurante como los que aluden más directamente a la psicosexualidad. Considero que en muchas personas el logro de una actividad productiva y satisfactoria, en términos económicos, muchas veces se haya emparentado con sentimientos de adecuación o inadecuación identitarios, cuyas premisas ya se soslayan en los trabajos de Erikson (Maier,1981). Y quizás estos sistemas identitarios adquieran en muchas personas un estatus autónomo en cuanto a esferas de motivación, por lo cual supeditarlos a los circuitos conocidos de tránsito libidinal pudiera constituirse en un prejuicio teórico, más que en una posibilidad cierta de enriquecimiento de nuestra comprensión.

Quizás como tarea futura lo que se presenta es un trabajo de elaboración del impacto que tiene sobre los individuos el mensaje recibido en el sentido de que sólo aquellos activos económicamente tendrán una inscripción dentro del entramado social. Este valor de prenda y su relación con un nivel de acontecimientos aparentemente alejados de lo psíquico se traducen a veces en una práctica que se aísla del marco en la que ocurre. Y esto para nada implica reeditar las tesis reichianas del compromiso ideológico del psicoanálisis o de las posiciones de la izquierda freudiana. Lo que sí reclama es la inclusión de los acontecimientos de otros ámbitos de la vida humana en la comprensión analítica. Y esta necesidad de entender los escenarios "otros" en los que nuestros analizantes y nosotros nos movemos, e incluirlos en nuestro hacer, requiere una actitud similar a la de "sin memoria y sin deseo" que sostiene Bion.

Pero, por otro lado, la práctica de un oficio analítico que se considere a sí mismo como desconectado de todo concernimiento social se me hace una idea insoportable de sobrellevar.

Bibliografía

- Aulaugnier, Piera (1984) EL sentido perdido. Buenos Aires, Trieb.
- Araujo, Nora,Guerdile, Mónica,Gremes, Rosa,Lecman, Carolina (2001) Ya no soy ni joven, ni viejo ni nada. Suplemento de Psicología, Buenos Aires (www.pagina12.com.ar)
- Castel,Robert (1981) La dinámica de los procesos de marginalización: dela vulnerabilidad a la exclusión. Buenos Aires, Lugar.
- Eco, Humberto (1982) Apocalípticos o integrados. México, FCE.
- Etchegoyen, Ricardo H. (1986) Los fundamentos de la técnica psicoanalítica. Buenos Aires, Amorrortu.
- Forrester, Viviane (1987) El horror económico. México,FCE.
- Foucault, Michel (1984) Historia de la sexualidad. México, Siglo XXI.
- Fukuyama, Francis (1990) El fin de la Historia. México, FCE
- Maier,Edward (1981) Tres teorías del desarrollo. Buenos Aires, Amorrortu.
- Pavlovsky, Eduardo (2002) La verdadera revolución está aquí. Buenos Aires, Página 12.
- Sauval ,Michel (2001) ¿Crisis del análisis o de los analistas?. Acheronta No 13. Buenos Aires.

